

Las páginas gloriosas de los Anales del toreo

LAS VIDAS PARALELAS DE JOSELITO Y BELMONTE



La historia unió sus destinos para mayor gloria del Arte del toreo. Fueron tan sólo y nada más que 258 tardes. Pero no hicieron falta más para que quedara marcada de forma indeleble una etapa considerada con toda propiedad como la Edad de Oro de la Fiesta.

Antonio Petit Caro

El 17 de septiembre de 1915 debía haber estoqueado Juan Belmonte en Madrid una corrida del duque de Veragua. Los toros llegaron al cartel por la vía de sustituir a la corrida de otro ganadero, corrida que había sido desechada. El cambio de ganadería incumplía el contrato firmado y Belmonte no aceptó este cambio, tendiéndose que suspender la corrida. Veragua interpretó la actitud de Belmonte como una ofensa personal, promoviendo un boicot de los ganaderos al torero de Triana.

La mediación del ganadero Miura y del propio Joselito consiguió enderezar el entuerto. En estas gestiones, Juan concedió plenos poderes a José, diciéndole sentencioso: *"Tu vas a ser por unas horas Joselito Belmonte"*.



La identificación que refleja esta anécdota bien puede ser el hilo conductor que explique las relaciones del todo singulares que se establecen en lo humano y en lo taurino entre uno y otro, que en el fondo llevan a unir íntimamente dos fenómenos estéticamente dispares, humanamente indisolubles.

Es lo que el académico Cossío dejó escrito, cuando afirmaba que *"así como se escribieron paralelos de héroes y grandes hombres de la antigüedad, pudieran escribirse unas vidas paralelas de Joselito y Belmonte, que a lo que se me alcanza llenan la época más gloriosa del toreo"*.

El coloso de Gelves y el genio de Triana van a conjugar dos verbos rara vez reunidos en esta gramática tantas veces motejada de parda del toreo: lidiar y torear, para escribir con ellos la prosa y hasta el verso, cargado de su más hondo sentido épico, que nunca se había recitado en ruedo alguno.

A establecer esta suerte de paralelismo se dedica este ensayoⁱ, tomando como hilo conductor una serie de anécdotas y sucedidos.

I. Introducción

Pero antes del reinado absoluto de Juan y de José, la controvertida capitanía de Guerrita había dado paso, como es bien conocido, a la época del Bomba y de Machaco, por algunos considerada como de decadencia.

Al amparo de un pleito con Miura y una controversia con Indalecio Mosquera, empresario de Madrid, llegan al toreo dos nombres que cumplen muy dignamente la misión de introducir en los anales taurinos el siglo de oro.

Se trata de Rafael “el Gallo” y Vicente Pastor, que van a ser los encargados de abrir las puertas a estos años de gloria inigualable que nacen al conjuro arrollador de los nombres de José y de Juan.

La apoteosis con el toro Carbonero, del hierro de Concha y Sierra, el 2 de octubre de 1910, le supuso a Vicente Pastor un hecho histórico: obtener el premio de una oreja que por primera vez de manera oficial se concedía en Madrid. Un hecho histórico y polémico, pues muchos achacaron tal trofeo a la amistad que unía al torero con el presidente de la corrida.

Cargado su trabajo taurino de una enorme seriedad, la afición sevillana le asignó por eso el sobrenombre de *"el soldao romano"*. Pero a la vez le reconocía, como ocurrió en otros muchos ruedos, su pulcritud en la dirección de la lidia, su calidad como estoqueador y su indudable poderío para someter a los toros.

"Clásico como es más clásico, romántico como ninguno", al decir de Alejandro Pérez Lugin, Rafael Gómez Ortega, más conocido como El Gallo, inscribe su nombre en los anales como lo que fue: un torero genial.

La cara y la cruz de su personalidad están presentes en Rafael “el Gallo” desde sus inicios. Lidiaba Rafael una novillada de Concha y Sierra en Sevilla. Ceremonioso, brindó la muerte de su segundo novillo al entonces capitán general de la Región. Pero a continuación sufrió tal ataque súbito de pavor, que ni el miedo de pasar la noche en la cárcel le hizo reconsiderar su decisión de no salir al ruedo. Era su primera espantada. Pero de su asombro no salía el torero cuando en el mismo cuartelillo en el que estaba detenido, los empresarios de Cádiz y de Sanlúcar de Barrameda se disputaban acaloradamente quien le iba a contratar para el siguiente domingo.

De paradojas de esta naturaleza está plagada la historia gallista, en la que el único elemento que en ocasiones falta es la ecuanimidad: en tanto para unos Rafael encarna al torero más genial de todas las épocas, otros testimonios le cuestionan por entender que sus tradicionales espantadas dejaban maltrecha la virilidad de lo taurino.

Sin embargo, hasta los más críticos reconocen que Rafael “el Gallo” aporta un nuevo sentido estético al toreo, sin precedentes hasta entonces. Invención suya fueron la serpentina, la larga afarolada, las banderillas al trapecio, el pase del celeste imperio..... En la mayoría de los casos, sus aportaciones originales no encierran ninguna novedad técnica, pero en cambio rebosaban vistosidad y plástica.

Pero, naturalmente, Vicente y Rafael no detentan en exclusiva el toreo en estos años de transición hacia la gloria. De la tierra vasca surgen en esta primera década del siglo hasta cinco matadores de toros: Cocherito, Chiquito de Begoña, Serafín Vigiola “Torquito”, “Fortuna” y Alejandro Sáez “Ale”, vizcaínos todos ellos, aunque de desiguales condiciones para el toreo. Serán probablemente Cocherito y Fortuna los más aventajados.



Prensa.

Pero entre estos toreros de la transición no podemos olvidar el nombre de Rodolfo Gaona, como hay que hacer mención de Curro Vázquez y de Manuel Mejías Bienvenida, el Papa Negro.

El alcalareño Curro Vázquez, que en realidad se llamaba Francisco Martín Gómez, inscribió su nombre en el toreo sobre la base de un arresto y un coraje a raudales. Tuvo su momento de brillantez. De hecho, Joselito se fijó en este Curro Vázquez. Conocido es el espíritu de competencia y superación del gran coloso de Gelves. Pues bien, en cuanto Curro destacó allí le estaba esperando Joselito, con quien se midió en una Corrida de la

Todos los tratadistas se muestran prácticamente unánimes al afirmar que Manuel Mejías Bienvenida, el primer Bienvenida de la saga, tuvo condiciones para ocupar un lugar más destacado en la Fiesta, pero una cornada inoportuna lo apartó de la cumbre. Pero siquiera sea por la escuela de toreros que constituyó su casa, el nombre del Papa Negro ya es de por sí importante.

En Rodolfo Gaona Jiménez Méjico ha tenido, sin duda, a su torero más grande. Nacido en León de las Aldamas (estado de Guanajuato), Gaona era cuatro años mayor que Belmonte y siete que Joselito.

Dentro de lo anecdótico habrá que reseñar que Gaona pasa a la historia como un torero que a falta de una recibió tres alternativas, todas ellas en 1908: La primera en el ruedo desaparecido de Tetuán de las Victorias de manos de Manuel Lara "Jerezano"; la segunda en el ruedo de Madrid, de manos de "Saleri"; y la tercera en la también madrileña plaza de Vista Alegre, de manos de Ricardo Torres "Bombita"

Hasta 532 corridas de toros contabilizó el mejicano en ruedos españoles. Una cifra muy apreciable para la época, en la que por más señas se producen, además, dos pleitos hispano mejicanos. Téngase en cuenta que Gaona aparece en nuestros ruedos emparedado entre Fuentes, Bombita y Machaquito; y cuando llega a su apogeo, irrumpen Joselito y Belmonte. Si pese a ello dejó huella en la fiesta, necesariamente hay que concluir que reunía condiciones sobresalientes.

No estuvo exento de una cierta polémica. Uno de sus pleitos nació, precisamente, a raíz de las declaraciones que realizó a un periodista mejicano, de sobrenombre "Monosabio". Gaona se había atribuido paridad en categoría y triunfos con Joselito. Ignacio Sánchez Mejías le dio una réplica rotunda: *"Yo, que soy mucho mejor torero que Gaona, como lo voy a demostrar mañana, era banderillero de Joselito. No hay que decir por tanto lo que era Gaona en relación con aquel coloso que murió en Talavera"*.

En cualquier caso, el Califa de León de las Aldamas poseía una acusada personalidad y elegancia a la hora de ejecutar las suertes.

II. Los comienzos

Con esta antesala, someramente expuesta, llegan a la Fiesta los dos grandes genios, los revolucionarios que van a conjugar en simultáneo la lidia con el toreo.

Hace unos años, preguntaba a Marcial Lalanda en su finca La Salceda --que por cierto, luego pasó a ser propiedad de Mario Conde--. si su pasodoble era realmente cierto, si, en efecto, Marcial había sido el más grande. Su respuesta fue contundente: *"El más grande, no lo dude, ha sido Joselito"*. Por aquellas mismas fechas le planteaba a Antonio Márquez la disyuntiva de si Joselito o Belmonte. Sus palabras fueron: *"Para mí, Belmonte. Joselito era un fuera de serie en conocimientos y en estar bien todas las tardes. Pero Belmonte era la renovación. Belmonte era al toreo lo que la penicilina fue a la medicina"*. Charlando con otro contemporáneo, don José Flores "Camará", el luego famoso apoderado afirmaba: *"Eran dos toreros que tenían la misma fuerza. Pero lo cierto es que la responsabilidad del toreo recaía en Joselito"*.

Pero si al pretender establecer una prelación entre uno y otro torero los testimonios se cruzan, otro tanto ocurre cuando se buscan las opiniones de los propios interesados.

Y así, Juan Belmonte dejó dicho en el libro "Belmonte visto por un belmontista": *"De mi toreo pueden tener una idea aproximada los jóvenes, porque en la línea mía, mejor o peor, han toreado y toreadan muchos toreros. Pero no es posible imaginarse como toreaba Joselito, como no es posible imaginar hoy los toros a los que Joselito dominó"*.

Pero, a su vez, la tarde del célebre toro de Concha y Sierra, que constituye la cumbre del belmontismo, ante el comentario acerca de la suerte que había tenido Juan por el toro que le había correspondido, Joselito sentenció rápido: *"La suerte es la del toro, que lo está toreando el mejor que ha nacido"*.

En el fondo, bien podríamos decir que estamos ante un binomio inseparable, unas vidas paralelas. Como en la célebre anécdota del pleito con Veragua, con la que abríamos este ensayo.

Unas vidas paralelas que no conocen de vencedores ni de vencidos, a menos que hagamos caso al propio Juan Belmonte cuando dijo recordando a José: *"Luchamos mucho, sostuvimos una larga competencia con fuerzas equilibradas en todas las plazas. Pero donde Joselito me ganó la partida fue en Talavera"*.

Juan Bautista José de la Santísima Trinidad Belmonte García nació a las cinco de la mañana del día 14 de abril de 1892, en la casa número 72 de la calle Feria, en pleno corazón del barrio sevillano de la Macarena. Sus padres, José Belmonte Peña y María Concepción García Ibáñez, gozaban de una posición mínimamente desahogada, gracias al comercio que regentaban.



Es de notar que Juan fue conocido siempre como trianero, habiendo nacido como lo hizo en pleno barrio de la Macarena. Esto es así porque desde muy joven, trasladó su casa al barrio trianero, cuando su padre, tras enviudar, abrió un nuevo comercio en el mercado trianero.

José Gómez Ortega nació en el número 2 de la calle de la Fuente, en la finca El Algarrobo, de la localidad sevillana de Gelves, el 8 de mayo de 1895, en el seno de una familia netamente taurina formada por Fernando Gómez "El Gallo" y Gabriela Ortega, la mítica "señá Grabiela" de la historia taurina.

Juan era el mayor de sus hermanos; José era, en cambio, el pequeño. La primera pasión de Juan Belmonte fueron los libros. La primera pasión, prácticamente la única, de Joselito fueron los toros, de hecho existen testimonios gráficos que muestran al de Gelves con apenas 2 años delante de una becerro.

Juan inició sus estudios escolares a los 6 años, pero tan solo dos años después, al fallecer su madre, pasó a trabajar en el comercio paterno en el mercado de Triana. José, por su parte, perdió a su padre cuando apenas contaba 2 años y en seguida marchó a vivir a Sevilla, a la calle Relator. Comienza sus estudios por cierto en una Escuela muy próxima a la casa donde había nacido Juan Belmonte, pero no completó seguido más de dos cursos, llevado como estaba por la pasión taurina.

Joselito se inicia en el toreo, su juego entonces preferido, desde la infancia, con la Alameda de Hércules como testigo, el barrio que años más tarde vería nacer a la Fiesta a Manuel Jiménez "Chicuelo" cuando no lo hace en una finca del padre de Ignacio Sánchez Mejías en la zona de la Barqueta, en lo que dentro de un año sería la Expo 92.

Juan Belmonte, en cambio, no se acerca a lo taurino hasta los 15 años, después de no pocos avatares familiares, y lo hace en una venta que había en Camas y en el que con el correr de los años será su escenario preferido: la Corta de Tablada.

Cuando José comienza a tener uso de razón en su casa no se mantenía solo el recuerdo taurino de su padre; por entonces, su hermano Rafael era ya un novillero popular y su otro hermano, Fernando, daba sus primeros pasos en la profesión. De hecho, junto a aquella fotografía ocasional de los dos años, cuando Joselito cumple 8 años lo celebra toreando una becerra en la finca "Palmete", de Valentín Collantes, becerra que le dio tal revolcón que el futuro genio se asustó y se negó a seguir toreando.

Juan Belmonte, por su parte, llega al toreo a los 15 años con el sello de urgencia de quien quiere salir de la penuria y con la ayuda de un banderillero, José María Calderón, que lo introduce en algunos tentaderos, el primero de los cuales dirigía Emilio Torres "Bombita".

Juan era, pues, un autodidacta, formado en las veladas nocturnas y románticas de Tablada. José era un torero de Escuela, al que antes de debutar en los ruedos ya se le abrían las puertas de casas tan grandes del toreo como la de Eduardo Miura.

El 19 de abril de 1908, cuando contaba 13 años, viste su primer traje de luces Joselito en el ruedo de Jerez de la Frontera, para de inmediato formar cuadrilla juvenil con Limeño y Pepete, con los que tan sólo en Portugal llegó a actuar en 17 ocasiones. Juan, por su parte, debuta en la plaza de Elvás, en la que tiene por cierto su bautismo de sangre, al sufrir un puntazo en una ceja, para seguir luego toreando por los pueblos sevillanos.

En el invierno de 1909 Joselito se concentra en el campo, decidido ya a dedicarse en exclusiva al toreo. Aquel invierno, cuando un día se dirigían todos hacia la plaza de tientas, Joselito encontró aún muchacho que iba en la misma dirección. Hizo que le subieran a la grupa de uno de los caballos y así llegaron a la placita. El muchacho, desconocido para todos los presentes, dijo llamarse Juan Belmonte García. Así se entrecruzaron por primera las vidas de los dos genios del toreo.

En los años 10 y 11, Joselito es un becerrista que levanta mucho ambiente entre los aficionados y que demuestra ya una fuerte personalidad en el casi centenar de becerradas que mata. Se cuenta que presenciando un festejo menor en Coria del Río, Joselito se lanzó al ruedo para explicar en la práctica a un banderillero como debía parar al novillo: "*Donde tú estás le dijo no se te arranca el novillo, ven y ponte aquí*". Pero no mucho después, toreando José



en Cádiz, uno de sus banderilleros le aconsejaba que torear con la mano derecha: "*Haga usted el favor de callarse, que yo sé lo que me hago*", le cortó el de Gelves.

En estos mismos años, Juan ya se ha desengañado por primera vez del toreo y se pone a trabajar como peón.

En 1911 Joselito debuta como novillero con caballos, tras haberse probado matando un cuatreño a puerta cerrada. Juan, tras año y medio de retiro voluntario, debuta en mayo de 1912 en Valencia. Debía haberlo hecho en Castellón unas semanas antes, pero su penuria económica le impidió viajar a tiempo hasta la ciudad de la Plana y si a Valencia pudo desplazarse fue porque uno de sus más encendidos partidarios, Antonio Conde, vendió dos burros de su propiedad para costearle el viaje.

La explosión del belmontismo tuvo lugar en 22 de junio del año 12, en la segunda novillada que toreaba en Valencia. Los estudiosos afirman que aquí dio Juan el "golpe de mano" que el toreo estaba esperando. Pero es que además, un mes tarde, el 21 de julio, Juan vivió su primer sueño: salir en triunfo del ruedo de la Maestranza de Sevilla.

Toreaba aquella tarde Belmonte con Larita y Curro Posadas ante una novillada del duque de Tovar. Años más tarde, Juan le contó a su íntimo amigo Luis Bollaín los recuerdos de aquella tarde: "*El público me recibió con prevención, que creció además cuando al intentar hacer quites en los dos primeros novillos perdí el capote. Pero cuando salió mi novillo, las cosas cambiaron. Estoy seguro que aquella faena ha sido superada en técnica, en estética y en aplomo por muchas otras que he hecho en mi vida. Pero también tengo la convicción*

de que ninguna de mis actuaciones le ha ganado la partida a ésta en lo que tuvo de pasión y de entrega".

Imbuido del triunfo, en la emoción de la explosión de júbilo que vivía la plaza, recuerda Juan que cuando pasaba de muleta al sexto de la tarde, en un momento de pasión incontenible, le pidió al novillo que le hiriera. Y así ocurrió, aunque el percance pasó desapercibido para el público.

Frente a esta explosión de Belmonte, Joselito en cambio mantiene una trayectoria diferente. El 13 de junio de 1912 se presenta en Madrid. Al entender que la novillada preparada no tenía suficiente trapío, pide que se le anuncie con una corrida de toros, del hierro de Olea, que estaba en los corrales. Triunfó rotundamente. El 23 de junio, diez días más tarde, hace lo propio en Sevilla, en uno de los éxitos que más estimó a lo largo de los años.

Tras su bautismo de sangre, que tiene lugar en Bilbao el 1 de septiembre, José llega al doctorado el 28 de septiembre de este año de 1912, cuando su hermano Rafael le cede la muerte de "Caballero", del hierro de Moreno Santamaría. El 1 de octubre Vicente Pastor le confirma el doctorado en Madrid, ante el toro "Ciervo", un jabonero de Veragua.

El año 1913 queda en blanco en la competencia de Juan y de José, porque hasta 16 de octubre de este año 1913 Belmonte no alcanza el doctorado, cosa que hace en Madrid, de manos de "Machaquito" y ante el toro "Lagartito", del hierro de los Olea. Una tarde que constituyó un verdadero desastre de toros y toreros y que provocó la retirada de Machaquito.

Cuando el año 13 queda en blanco en la competencia de Juan y de José, los públicos le animan a Gallito en la que será su primera competencia taurina: la de Ricardo Torres "Bombita", con la que se resucitaba un viejo pleito de familia.

En efecto, "Bombita" había establecido una competencia, que algunos estimaban interesada, con Rafael "el Gallo", torero que por sus características y su ánimo no era el más idóneo para este tipo de enfrentamientos. De hecho, en versión de los gallistas, esta competencia le hizo mucho daño a Rafael.

Con José será distinto. Ricardo Torres había comenzado la temporada afirmando del menor de los Gallos que era *"un principiante sin categoría suficiente para medirse conmigo"*. A lo que José contestó: *"Con categoría o sin ella, no podrá evitar encontrarse conmigo"*.

Y, en efecto, desde su primer encuentro en el ruedo de Sevilla, José se muestra implacable con el viejo maestro, un acoso frontal que tiene su punto culminante en el ruedo de San Sebastián.

Una pugna que se mantuvo hasta el 15 de octubre, la tarde de la retirada de Bombita. En el cartel le acompañaba, naturalmente, Joselito, además de Rafael "el Gallo" y Regaterín, en la lidia de ocho toros de García de la Lama. Cuentan que Bombita, tras estoquear a su segundo enemigo, le dijo a Joselito que

"como yo he acabado mi vida de torero, no me ofrezcas banderillas en el último toro". Pero cuando llegó el momento, el de Gelves se fue decidido a por su competidor, para ganarle la última pelea, porque Ricardo Torres sencillamente cumplió con los palos, en tanto Joselito dejó uno de los pares luego más alabados por los gallistas.

Nótese, por otro lado, una nueva coincidencia entre Juan y José. Como veíamos antes, JUAN BELMONTE acompañó a Rafael González "Machaquito" la tarde de su retirada, Joselito lo hace ahora con Ricardo Torres "Bombita"

III. El comienzo de siete años históricos

Nos situamos así en las puertas de siete años, los que van desde 1914 a 1920, que constituyen la edad de oro del toreo. Siete años que por sí solo justifican la grandeza de la Fiesta.

En línea con esa competencia con Machaquito y Bombita, afirma Alejandro Pérez Lugin, Don Pío en la revista taurina, que tras Joselito se fueron los viejos partidarios de Lagartijo y buena parte de los que hicieron partido por Machaquito, amén naturalmente de la familia gallista. En el partido de Juan se integraron los anteriores partidarios de Bombita; unos, conscientes de su fe en

la revolución belmontista; otros, sencillamente, como reacción frente al agravio que Joselito le había infringido a su ídolo.

La afición entera formó banderías. Y así, en torno a José se reunió la aristocracia de la época, mientras que Juan acaparó a los intelectuales del 98.



Según las anotaciones del conde de Colombí, Juan y José compitieron en 258 ocasiones en los ruedos. La primera ellas tuvo lugar el 21 de abril de 1914 en

la Maestranza sevillana. Jornada memorable para el belmontismo. Conviene pararse en esta tarde, que los anales registran como una tarde primaveral, con sol y mucha luz.

Había llegado Juan Belmonte a Sevilla la misma mañana de la corrida. Venía de Murcia, donde cinco días antes había resultado cogido. Los aficionados que fueron a esperarle a la Estación de la Plaza de Armas, pudieron comprobar el lastimoso estado en el que venía el torero, con la cabeza vendada, cojeando ostensiblemente. A duras penas se sostenía de pié.

Los detractores de Juan buscaron la justificación de inmediato: *"Este lo que quiere es hacer el paseillo, para luego dejar que Joselito y Gaona se traguen solos la corrida de Miura"*.

Cuando las cuadrillas hicieron el paseo la expectación había subido de tono. Nada hizo Gaona con el primer "miura" de la tarde. Peor le fueron las cosas a Joselito en el segundo. Cuando suenan de nuevo los clarines, Juan se adelantó al tercio, afianzó en el piso la pierna lesionada y así esperó la salida del tercero de la tarde, un berrendo bien armado. Allí empezó la apoteosis.

Al caer la tarde, en su casa de la Plaza de la Encarnación, Eduardo Mirua recibió al mayoral:

--Señorito, que Juan Belmonte le ha cogido al berreado el cuerno por la mazorca....

--Falso, respondió enérgico el ganadero, quien para salir de dudas preguntó: *¿Pero tú lo has visto?*

--Si, señoriito, yo lo he visto.

Cuentan que don EDUARDO con los ojos nublados salió despacioso del despacho. Por primera vez un torero se había atrevido a cogerle un pitón a un toro de Miura. Anotemos aquí que la segunda vez que Eduardo Miura lloró fue una madrugada de Viernes Santos, cuando escuchaba la saeta que el gran Manuel Torre le cantaba al Cristo de la Sentencia, de la hermandad de la Macarena. Un gitanillo que presenciaba la escena comentó: *"Fijate, con la mala uva que se gasta criando toros, y ahí lo tienes, que me lo han hecho llorar"*.

El 2 de mayo volvieron a coincidir en el cartel, ahora en Madrid. Al finalizar la temporada, las estadísticas dijeron que Joselito había vestido de luces en 75 ocasiones, con otras 36 perdidas por cogidas. Juan, por su parte, lo hizo en 72 festejos, número también mermado por las cogidas. En su conjunto, la temporada había sido desigual. Juan se anotó un triunfo importante aunque el protagonista le dio menos importancia que sus propios partidarios el 25 de abril en Madrid ante un toro de Murube. Joselito dio que hablar por los siete toros de Vicente Martínez que estoqueó en Madrid el 3 julio, la tarde en la que un revistero acuñó una frase luego muchas veces repetida: *mató siete toros en siete cuartos de hora "sin despeinarse siquiera"*.

Dejemos constancia, en fin, que en esta temporada de 1914 conviene situar la célebre sentencia de Guerrita: *"Para que a Gallito le coja un toro, tendrá que tirarle un cuerno. El que quiera ver a Belmonte que vaya pronto, así no se puede torear"*.

Al comenzar la temporada de 1915, según narra Manuel Sánchez Nogales, Juan Belmonte tenía un concepto máximo de su rival en los ruedos. *"Joselito era un rival temible. Las circunstancias providenciales le habían llevado gozoso, casi sin sentir y como jugando, al máximo triunfo. Todo le hacía ser un niño grande, voluntarioso y mimado, que se jugaba la vida alegremente y tenía*



frente a los demás una actitud naturalmente altiva, como la de un dios joven. En la plaza le movía la legítima vanidad de ser el primero. Frente a él, yo tomaba la apariencia de un simple mortal, que para triunfar ha de hacer un esfuerzo patético. Creo que esta era la sensación que uno y otro produjimos".

Todos los tratadistas coinciden en afirmar que esta temporada del 1915 fue el año grande de la rivalidad. Aunque ya desde finales de febrero comenzaron a coincidir en los carteles, hubo cuatro tardes históricas: el 17 y 18 de abril en Sevilla y el 8 y 10 de mayo en Madrid. Probablemente, hubo éxitos mayores que los alcanzados ante las dos corridas de Gamero Cívico, la de Contreras y la de Santa

Coloma que mataron en estas ocasiones. Pero, sin embargo, nunca hasta entonces se había desbordado la pasión entre los aficionados como ocurrió en estas cuatro tardes.

La revolución de Juan se había ido afianzando en un oficio hasta entonces ausente. José, por su parte, se mostraba en plenitud de su magisterio. Antes de comenzar esta temporada del año 15, Juan tuvo uno de esos detalles que le hicieron diferente: una mañana de invierno entró en una peluquería de Madrid y se cortó la coleta.

Por su parte, Joselito tuvo gestos de los suyos: hasta en ocho ocasiones actuó en solitario. La última de estas corridas tuvo lugar en Valencia el 17 de octubre, ante siete toros de Miura. Un año antes, cuando en una ocasión similar pasaba de muleta al último toro de la tarde, del hierro de Contreras, un grupo de aficionados le increpó diciendo: "*Todo eso está muy bien, ...pero con toros de Miura*". Al llegar al hotel, llamó José al empresario y apalabró la corrida que cumplió este 17 de octubre, la tarde en la que, cuando iba a matar al sexto miureño, el de Gelves cogió la montera, buscó en su localidad a los discrepantes del año anterior y les brindó su muerte.

La temporada de 1916 quedó prácticamente en blanco en esta competencia. Joselito contabilizó 105 corridas, en tanto Juan tan solo llegó a las 43 por diversos avatares. Sin embargo, la efervescencia de los partidarios de uno y otro toreo sigue en alza.

En 1917, las cosas poco cambiaron para Joselito. Hasta se repitió su dolencia invernal de las fiebres gástricas. Llegó a actuar en 103 ocasiones, a pesar de haber quedado fuera de la feria de abril en Sevilla, en el que fue uno de sus mayores disgustos profesionales, que el expresaba sencillamente: *"los toreros que no torear la feria de abril, ni son toreros ni valen un real"*.

Juan Belmonte, en cambio, comenzó la temporada en bajo tono, aunque sin embargo al acabar esta campaña del año 17 todos coincidieron a afirmar que aquella había sido la temporada de Belmonte. *"Toreé 97 corridas afirmé luego el torero y estoqueé hasta 206 toros. No tuve ningún percance serio y mi entusiasmo por el toreo fue creciendo de corrida en corrida, hasta llegar al final de la temporada con el mejor temple y vibrando a un diapason altísimo. Las corridas más sobresalientes fueron la del Montepío en Madrid, y las de Bilbao y San Sebastián"*.

A la corrida del Montepío corresponde la célebre faena al toro de Concha y Sierra, la tarde del 21 de junio. Durante la corrida los aficionados, sin duda para zaherir a Belmonte, gritaban "Los dos solos" a Joselito y Gaona. En el sexto toro se produjo el milagro belmontista, en cuyo recuerdo Juan mantuvo hasta su muerte la costumbre de descubrirse cada vez que pasaba por delante de la casa de Concha y Sierra en Sevilla. Fue la tarde también en la que Joselito reconoció que más se había emocionado con el toreo de Juan.

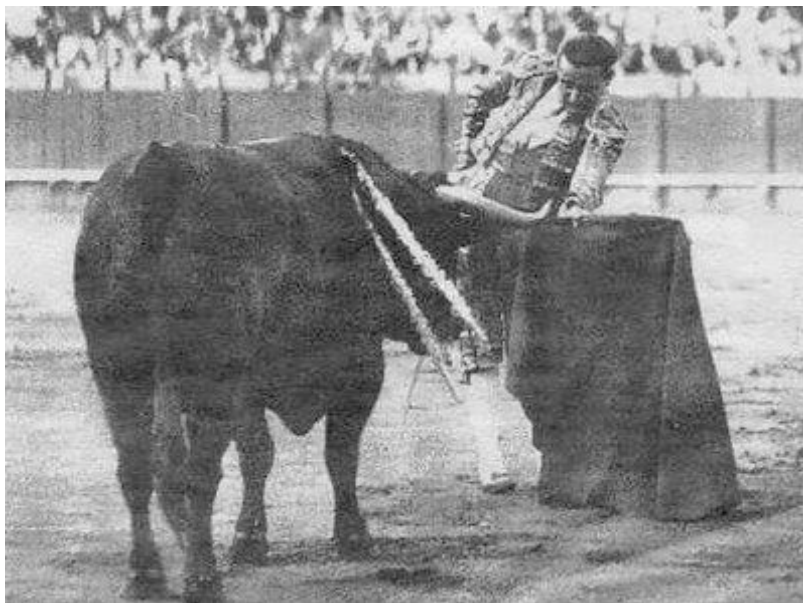
La temporada del año 18 pasa íntegramente en blanco en esta rivalidad. En el invierno, durante la campaña americana, Juan Belmonte contrajo matrimonio y dejó ir la temporada. Joselito en solitario llevó el peso de la Fiesta, comenzando por buscarse competencia. Y la encontró pronto, en una figura naciente que se llamaba José Flores "Camará" y algo con Fortuna y Saleri II.

El caso de Camará es de algún modo paradigmático en la personalidad de Gallito. Había despuntado el torero cordobés como novillero y en cuanto pasó al escalafón superior se encontró con Joselito esperándole. Contaba hace años el que luego fuera famoso apoderado: *"Mi fuerte eran las banderillas. De inmediato me buscó Joselito y a la tercera corrida que toreábamos junto me cogió el toro, porque me impuso ponerlas mejor que él y me obligó a dejarme coger. Su forma de competir era de hombre cabal, que iba siempre por derecho"*. Pero lo significativo viene ahora. Se le repreguntó a Camará como, siendo así, había aceptado el reto de Gallito, a lo que contestó con rapidez: *"Pero como no lo iba a hacer, si cuando íbamos haciendo el paseo ya me iba ofreciendo las banderillas"*.

En este año de 1918, Gallito cortó el primer rabo que se concedía en el ruedo de Madrid. Por lo demás, Joselito pasó por el peor trance de su vida: la muerte de su madre, la "señá Grabiela". *"Nadie más solo que yo"*, solía repetir el torero. Durante esta temporada, por cierto, José utilizó habitualmente un capote de paseo de terciopelo negro sin ninguna clase de bordados. Un capote que quizá alguno de los aficionados actuales hayan llegado a ver, porque con él hizo su último paseillo otra figura histórica: Antonio Bienvenida.

IV. El desenlace de una competencia

De nuevo juntos Juan y José en la temporada de 1919. Belmonte reapareció con una destreza y una seguridad nueva en él. Joselito continuó siendo el lidiador consumado, que incluso había asimilado buena parte de la concepción belmontista del toreo. Un año que discurrió con la sencilla normalidad que imprimen los genios a su tarea.



Así nos plantamos en el definitivo año de 1920, el año de Talavera.

Comenzaron la rivalidad el 5 de abril en Madrid, para coincidir más tarde en Córdoba, Játiva, Murcia, Andujar, Jerez y Sevilla. Precisamente el 29 de abril fue la última tarde de Gallito en la Maestranza, toreando mano a mano con Belmonte, en corrida a beneficio de la Cruz Roja, que presidió la Reina Victoria Eugenia.

El mes de mayo lo iniciaron en Bilbao, el Día 3, toreando mano a mano. Con algunas corridas entre medias, el 13 actuó Joselito en Valencia y de allí se fue a Madrid, para cumplir el compromiso de la tarde aciaga del día 15. Una tarde de escándalo, en la que la Guardia de Seguridad tuvo que llegar a intervenir en los tendidos, ante el monumental escándalo, al injusto grito de *"¡qué se vaya!, ¡que se vaya!"*, dirigido a Gallito.

Allí surgió el que luego sería el último diálogo entre Juan y José.

-- Juan, hay que irse de Madrid. El público se ha cansado de nosotros. Que vengan otros toreros. Esto se está poniendo imposible y es necesario marcharse.

-- Sí, José, si esto continúa de esta manera, tendremos que marcharnos.

Pero ésta no era solo la impresión de los toreros. El cronista de El Liberal escribía de esta corrida: *"El público se ha puesto imposible"*.

Aquella noche José no se encontraba bien. Cenó tan solo una manzanilla. Algunos admiradores le insistían para que no fuera al día siguiente a Talavera. Como se sabe, Joselito no estaba contratado inicialmente para esta corrida. fue el propio Gallito el que se ofreció a torear, para echarle una mano al que hacía de empresario, Leandro Villar. Luego supo que esta plaza la había inaugurado su padre y le ilusionó más la idea.

Sebastián Miranda escribió en el ABC que a Joselito le animó también a aceptar esta corrida un hecho significativo: tener ocupada la fecha, para evitar así un nuevo compromiso en Madrid.

Hay quien opina que "Bailaor", el toro de la tragedia, era burriciego. El toro era corto de pitones y escurrido de carnes; de hecho, a la canal no dio más que 260 kilos. En cualquier caso, era un toro que acusó desde el comienzo problemas. Cuando José se disponía a montar la muleta, "Bailaor" se le arrancó de improviso, cogiéndole por el muslo derecho. Cuando estaba en el aire, hundió su pitón en el bajo vientre. Cuando le conducían a la enfermería, José pidió a su banderillero El Cuco que avisaran al Doctor Mascarell. Debieron ser sus últimas palabras, porque de inmediato le sobrevino un colapso, del que ya no se recuperó.

El parte médico decía escuetamente: "*El diestro José Gómez Ortega "Joselito" presenta herida por asta de toro en la región inguinal derecha, con salida de intestinos y vejiga y hemorragia interna. Pronóstico, gravísimo. Otra herida leve en el muslo derecho*".

El conde de Heredia Spínola, en nombre del Rey, y el Presidente del Gobierno, don Eduardo Dato, fueron de los primeros en manifestar su pesar a la familia. El traslado de los restos mortales de Joselito a Sevilla fue un clamor de luto: en todas las estaciones del trayecto hubo de parar el tren, ante el número de aficionados que se había congregado en cada una de ellas.

Sevilla le recibió como no podía ser de otra manera: con crespones negros en las columnas de la Alameda de Hércules y su Virgen Macarena vestida de luto, mientras las campanas de la Catedral tañían su llanto. A las 2,35 de la tarde del 19 de mayo, los restos de Gallito recibieron sepultura, con la presencia tan solo de su familia, en el nicho número 6 de la calle Virgen María, sobre el que años más tarde Mariano Benlliure levantaría su colosal grupo escultórico.

A las 10 y media de la mañana del día 21 se celebraron los funerales solemnes en la catedral de Sevilla, rompiendo así una tradición, dado que el templo catedralicio tan solo se había abierto a funerales de quienes eran canónigos, grandes de España, ministros de la Corona, Príncipes o Reyes. Pero se abrió para JOSE, y se usaron a mayor solemnidad los ornamentos guardados para el Viernes Santo, mientras se cantaba la gran Misa de Eslava

A este respecto, el escritor y canónigo Muñoz y Pavón publicó un extraordinario artículo en El Correo de Andalucía del día 20 en el que se pronuncia rotundo acerca del por qué había que romper esta tradición, un artículo que hasta motivó que se le tributara un homenaje a su autor.

"*Le mató un toro, pero no le afligió ninguno*". Probablemente fue el mejor epitafio que se escribió a su muerte.

V. Después de Talavera

Al comenzar la temporada de 1921, un aficionado desplegó en un tendido de sol en la Maestranza de Sevilla una pancarta que decía: "*Joselito ha muerto. Viva el gol*". El hecho, rigurosamente histórico, no contaba, sin embargo, que aún quedaba Juan Belmonte.

Un Belmonte profundamente afectado por la muerte de su amigo, de su competidor, pero que supo hacer frente a una responsabilidad que desde entonces pasó a ser enteramente suya.

Un Belmonte consciente del momento que vivía. Esta temporada de 1921 se pensó excluir de la feria de Sevilla la tradicional corrida de Miura. Por entonces la novedad era Manuel Jiménez "Chicuelo". Dado su poco oficio y su propia personalidad, se trató de evitarle el trago de los miureños. Juan en cambio impuso la corrida: "*¿No comprendéis dijo que si transijo en que no se lidie la corrida de Miura la afición entera pensará, y sobrada de razón, que era a Joselito al que de verdad no le daban miedo los Miuras?*". La sombra de José, ya que no su presencia, le empujaba.

Con idas y venidas, Juan se mantuvo en los ruedos. Incólume quedó, hasta su trágica muerte, su personalidad, tan distinta como era de la de Joselito. Sin duda, ese patetismo trágico que siempre imprimió Juan a su toreo, no era extraño a su manera de entender la vida. Permítanme dos o tres anécdotas al respecto.

Ya retirado, presidía cierto día Juan Belmonte una corrida en un pueblo de la Mancha. El alcalde dudaba entre conceder o no la oreja al novillero de turno, mientras Juan le insistía en que lo hiciera. "*¿Pero no ve usted, maestro, que toda aquella gente de sol no ha sacado los pañuelos?*", se defendía el alcalde, a lo que Juan arguyó: "*!Cómo quiere usted que lo saquen si nunca lo han tenido!*".

También en La Mancha ocurrió esta otra anécdota. La corrida iba por derroteros aciagos, que hacían temer hasta por la integridad de los toreros. Mientras se lidiaba el sexto, entre barreras Rafael "el Gallo" le preguntaba a Belmonte: "*¿Cómo va a terminar esto, Juan?*". La respuesta no pudo ser más belmontista: "*No te preocupes, dentro de dos horas se hace de noche y aquí no ha pasado nada*".



La tercera anécdota ocurre ya en la vejez de Juan. Por un compromiso ineludible, tuvo que aceptar Belmonte torear un festival en Jerez. Su obsesión era no caerse en el transcurso de la lidia. *"No hay cosa más grotesca argumentaba que caerse ante un eral, ante el público, con sesenta años y llamándose Juan Belmonte"*.

Tres anécdotas que reflejan la personalidad que, dentro y fuera de los ruedos, tuvo siempre el genio de Triana. Una personalidad por completo contrapuesta a la que tenía Joselito.

Y es que si Juan fue la estética, la poesía, el toreo, José, en cambio, era la prosa, la ciencia, la lidia. Complemento perfecto en unas vidas que fueron paralelas, como demostró la realidad. Llenaron por completo el círculo taurino, porque bien puede afirmarse que Juan fue a José, lo que José fue a Juan.

©Taurologia.com

ⁱ Este ensayo se comenzó a preparar destinado a una conferencia pronunciada en el Club Taurino de Bilbao. Parte del material empleado se utilizó en la elaboración del libro "La lidia y el toreo".